

INCORRECTA

• AFROS • FEMINISMOS • MIGRANTES • SEXUALIDADES •

Viernes 02 de setiembre de 2016 - N° 12



Federico Muro

Educación y márgenes sexuales

L@s put@s guías

No caben en los cuadraditos

Tres vidas *transcurridas*

“ME HICISTE levantar temprano, ni tiempo de afeitarme tuve”, me dice Verónica y larga la carcajada. Su risa rebota en las paredes descascaradas de la sala de visita. Tiene el pelo negro, largo y lacio y unas caravanas de colores que levantan el gris de sus calzas y buzo.

Está privada de libertad hace cuatro años y le queda poco más de uno para salir. No aguanta más. Su historia es la de un largo encierro: en un cuerpo que no le pertenece desde chica, en el INAU de adolescente, en la cárcel ahora. Y también es la historia de la resistencia: de niña usaba la ropa de su abuela, años más tarde terminó el ciclo básico a los golpes, luego las coreografías de Beyoncé para sus compañeras del módulo 4.

Durante mucho tiempo vivió, sintió y se movió como le enseñaron. “No es lo mismo aprender de una chica trans que de una mujer”, sentencia y recuerda la vez que la echaron a ella y a su amiga de la sala de espera de un hospital por lucir shorts y tacos altos, porque los guardianes de la moralina barata no descansan y el “puto del pueblo” es un blanco fácil.

Casi de casualidad descubrió que la peluquería le apasionaba y tomó todos los cursos que pudo. Pero eso no le da la plata suficiente y nadie la contrata para otro trabajo. Como tantas otras trans, se vio empujada a la prostitución. La practica desde muy niña y, paradójicamente, fue lo que le permitió soñar con cirugías estéticas para moldear ese cuerpo que no siente suyo.

Sus días transcurren en la monotonía del encierro, que combate escuchando la radio y mirando la televisión, pero disfruta de su rutina: la limpieza y el orden mientras baila al ritmo de Lady Gaga. Todas las tardes toma mate con su novio, a quien conoció ahí adentro. Luego de muchas idas y vueltas entre convivencias turbulentas y cambios de módulo, lograron hacer funcionar ese cable a tierra. “Yo parecezco tarada, pero no soy. Sé que se mandó sus cagadas, pero acá me aguanta la cabeza”, cuenta.

Hoy su vida depende de ese precario equilibrio emocional. Cuando salga, dice, va a comenzar de cero, con la nariz respingada y unas “tetitas bien grandes”. Por ahora, sigue limpiando su celda hasta que empiece la novela.

El cuerpo como territorio de lucha. El cuerpo propio sentido como ajeno, el cuerpo ajeno interpelando sobre el propio. El cuerpo que se mutila, se transforma, se depila, se tiñe, se tatúa, se infla, se achata, se moldea, se faja, se aprieta, se penetra. El cuerpo que se vende, el cuerpo que duele, el cuerpo que cicatriza, el cuerpo que resiste.

Laura tiene 54 años y se maneja como quien sabe que está viviendo de prestado. Habla pausado y gesticula con unas manos curtidas que el esmalte rojísimo no logra



Plaza Independencia. / FOTO: IVÁN FRANCO

disimular. La esperanza de vida para chicas como ella apenas roza los 40 años; algo que la convierte literalmente en una sobreviviente.

Al igual que tantas otras personas de su edad, no pudo escapar al horror de la dictadura. Debido a su identidad de género fue ilegalmente detenida en varias oportunidades en las que la torturaron e interrogaron a fuerza de picana y submarino. La calle nunca fue un lugar seguro para ella. No lo era entonces, no lo es ahora, donde se ve a diario expuesta a los gritos e incluso cada tanto a alguna pedrada de los cobardes de siempre, esos anónimos que juegan a ser hijos sanos del patriarcado y la heteronorma.

A los ocho años fue víctima de una violación que le robó la inocencia para siempre. A los 12 abandonó el hogar de sus padres y nunca más volvió a saber de su familia biológica. Naufragó en los mares de la prostitución y los trabajos precarios, uno tras otro, día tras día, año tras año. Esquivó las enfermedades de transmisión sexual y las relaciones de pareja violentas no sin dolor. Subir la voz por derechos mínimos, como negarse a tener relaciones sexuales sin preservativo o reclamar por condiciones de trabajo no esclavizantes, le valieron duros golpes que cicatrizaron en la piel y en su mirada. Sus ojos vidriosos dejan ver la tristeza de alguien que ha recorrido un duro camino para llegar a donde llegó.

Hace unos años quiso adoptar a un niño con VIH pero, una vez más, su deseo se vio interrumpido: “Mi pareja no quería y yo tenía muchas ganas, entonces me separé, pero después me dijeron que nadie me iba a dar un niño a mí y dejé de intentarlo”.

Laura cuenta todo con una naturalidad inquietante, como si ese historial de violencias infinitas fuera parte lógica del derrotero de

cualquier vida. Resiste valientemente los embates de un mundo que le dice cómo tiene que ser, a quién tiene que amar, cómo tiene que vivir. Ella sabe perfectamente quién es, y que no nació en un cuerpo equivocado: “Puto o trava, aunque ahora se diga trans, yo soy trava”. No le interesa realizar el cambio de nombre y sexo registral ni someterse a ninguna operación. Lleva con orgullo el pelo rubio hasta los hombros, la sombra celeste, la genitalidad masculina, la polera de algodón violeta.

La maternidad como mandato, la maternidad como deseo, la maternidad como designio inevitable. La maternidad contradictoria, los roles esperados, los hijos no deseados. La maternidad biológica, la maternidad amorosa. La paternidad inexistente.

En los 90, nadie hubiera imaginado que Pablo iba a convertirse en Bárbara. Por ese entonces era marino y pudo desarrollar una carrera que la hizo llegar a ser capitán de ultramar. Quince años viajó encerrada en un mundo de varones. Quince años habitando un cuerpo biológicamente masculino y comportándose como la sociedad esperaba. No lo vive como traumático ni le busca explicaciones. A veces las cosas son así sin más. Fue “un trabajo como cualquier otro”, que cumplió silenciosa y que le permitió conocer gran parte del mundo y ahorrar el dinero suficiente para estudiar enfermería, su real vocación.

Bárbara se sintió mujer más tarde en la vida de lo que por lo general le sucede a otras chicas trans. Como para todas, el principio fue duro: en un mundo donde no hay espacio para las identidades sexuales que no se adecuan al binarismo biológico macho/hembra, casi nadie puede escapar al trabajo sexual. Pero ella era grande y, si

bien el tránsito entre géneros fue profundamente difícil, la encontró en una mejor posición para elegir. No quería estar con cualquier hombre en alguna habitación de mala muerte.

Se alquiló un departamento donde atendía a dos o tres clientes fijos. Les cobraba “por adelantado, obvio”, una cantidad importante de dinero que podía duplicarse “si pedían cosas que normalmente no hago”.

Fue en el submundo de la prostitución VIP donde conoció a Isabel, una hermosa mujer italiana con quien compartían la ocupación al igual que la profunda sensación de soledad. Fueron primero amigas, luego se dieron cuenta de que estaban enamoradas y a los pocos meses estaban viviendo juntas. Bárbara finalmente consiguió trabajo de enfermera y la vida siguió su curso entre las plantas y los perros en su casa de Bella Italia. Un día, el amor entre ellas -intenso, disidente, rebelde- dio sus frutos: Isabel quedó embarazada y nueve meses más tarde tuvieron a una niña.

Hoy Micaela tiene tres años y hace uno que la mujer que la llevó en el vientre no deja que la vea su otra progenitora. Como en una película de horror, de un día para el otro, Bárbara se quedó sin la niña y sin su compañera que quería “un padre de verdad” para su hija. Tal fue el dolor y la confusión que intentó volver a ser Pablo, pero ya no lo sentía, y en un intento contra sí misma, terminó atontada por la medicación psiquiátrica y su promesa “normalizadora”.

Mientras me cuenta de su lucha cotidiana en juzgados y defensorías me pregunta si tengo hijos. Le respondo que no, pero intuyo por dónde viene su duda y decido contarle una de las tantas historias de la disfuncionalidad de mi familia; tal vez la ayude a no sentirse tan sola. Su angustia es existencial,

profunda, primitiva, es capaz de todo para poder ver a su hija y, sobre todas las cosas, poder verla feliz. Es capaz de olvidarse de sí misma envuelta en mandatos que otros dictan para ella.

La charla continúa amablemente, me cuenta que ahora vive con su madre y todos los viernes van al cine. Cuando nos despedimos, luego de atravesar la puerta, se da vuelta y me dice: “Pero vos, a pesar de todo, amás a tu papá, ¿no?”

La vida en los márgenes de la ciudad, de la ley, de la identidad. La vida alejada de toda institucionalidad. La vida sin gas, luz ni agua. La vida sin salud ni educación. La vida sin ocio ni esparcimiento. La vida a las sombras de un Estado ausente, sólo presente en la represión. La vida perseguida, la vida ninguneada, la vida estigmatizada.

Intento acercarme a Mónica. Me mira con desconfianza y sin vueltas me dice: “Si venís a decir la palabra del Señor, arrancá por allá”. Hace años que trabaja en la calle esquivando, entre tantos otros atropellos, los intentos evangelizadores de los jóvenes católicos referentes de la Inquisición modelo siglo XXI.

Es alta y flaca, con unas piernas eternas que, dice, heredó de su madre. Cuando habla, desborda energía y un perfume dulce. “Es importado, ¿eh? Me lo trae una prima de Rivera”, dice con jactancia. Desde muy chica descubrió que le gustaban los nenes cuando se empezó a fijar en el hermano de su amiga de clase. Con el niño intercambiaban besos y caricias en la oscuridad de un rincón de la escuela. Cuando la maestra se enteró, llamó a su madre para decirle que tenía un hijo enfermo. La madre, contundente, respondió: “La enferma sos vos, mi hija va a ser lo que quiera ser”.

Desde entonces, esa fuerza la sostiene y la hace desafiar los avatares propios de quien no se adapta a los cánones sociales de la “normalidad” sexual. No se detiene ante las agresiones de algunos clientes ni las amenazas de otras chicas que se disputan la esquina para trabajar, tampoco ante las quejas de su novio que no quiere que se dedique al comercio sexual. “Él me conoció así, y si no le gusta, que se busque a otra, yo necesito tener mi platita”, afirma con convicción.

Pasa un auto, toca la bocina, le gritan obscenidades. No puedo saber si es porque ha naturalizado ese tipo de episodios violentos o sólo para no darles la atención que no merecen, pero ella ni se inmuta. Sigue tomando grapa de una botella de Sprite mientras se acomoda el pelo, dejando un moño bien tirante. Al irme le deseo torpemente suerte en esa fría noche. Me responde desafiante: “Suerte no, mi amor, se dice mierda”.

El frenazo del impulso

Guías sobre diversidad sexual en la educación

LA VERTIGINOSA secuencia de avances legislativos en derechos civiles y filiatorios, sucedida entre 2006 y 2013 -Matrimonio Igualitario, Ley de Identidad de Género, Adopción Homoparental y Ley de Unión Concubinaria-, colocó a Uruguay en una posición de vanguardia internacional respecto del reconocimiento y protección jurídica de derechos de la comunidad LGBT.

Alentadas por este contexto favorable, las distintas organizaciones que acompañaron articularon y dieron en su momento la bienvenida a las conquistas jurídicas, direccionaron sus miradas hacia un área que, al decir de Marcelo Otero -militante histórico de organizaciones LGBT-, fue tempranamente identificada como uno de los "núcleos duros del sistema": la educación, y para más señas, el sistema educativo.

En 2014, y mediante licitación pública, llegaría una oportunidad para confirmar o refutar este supuesto. La *Guía en educación y diversidad sexual* requerida, financiada y coordinada por el Ministerio de Desarrollo Social, presentada como insumo y herramienta docente a partir de contenidos elaborados por el colectivo Ovejas Negras y revisados por Inmujeres, ANEP, Codicen y el Fondo de Población de las Naciones Unidas, atravesó desde el día mismo de su presentación en sociedad (y a pesar de contar con el aval de los auspicios mencionados) un campo sembrado por vehementes objeciones. Éstas llegaron desde el propio Codicen, en voz del consejero nacionalista Daniel Corbo, desde la Iglesia Católica, en persona del otrora arzobispo -hoy cardenal- Daniel Sturla y, finalmente, de voces de la propia izquierda -Esteban Valenti y Hoenir Sarthou-, que alimentaron una ríspida polémica y condenaron el texto apenas presentado a un duro intercambio en foros, redes, "tertulias" y editoriales de prensa masiva.

La andanada de cuestionamientos, si bien amplia y variopinta, se vertebró mayoritariamente en torno al supuesto ataque -o la ya invalidación- del concepto de familia heterosexual que supuestamente la guía fomentaba; el pretendido "estímulo" para la instalación de arquetipos individuales y familiares basados exclusivamente en perspectivas homo y trans en contraposición -y hasta en negación- de los roles y las opciones convencionales; el conflicto que esta prédica sostiene con los principios laicos del sistema de enseñanza pública y, finalmente, la supuesta invasión a la privacidad de docentes y alumnos atribuida a determinadas sugerencias pedagógicas y dinámicas para el aula comprendidas en el texto en el que -siempre según sus críticos- se invitaba a "salir del clóset" tanto a docentes como a alumnos por igual.

Para el cardenal Daniel Sturla, "se quiere imponer en la educación de los niños la guía de la diversidad sexual, que en realidad es la guía de



Federico Murro

la uniformidad mental" (*El País*, 22 de diciembre de 2014). Para Hoenir Sarthou, "si la condición para lograr el respeto de la orientación homosexual es la 'deconstrucción' y la 'desnaturalización' de la orientación heterosexual, vamos por mal camino" (*Voces*, 13 de noviembre de 2014).

Cruzando la vereda, la defensa también dispuso de amplia variedad argumental: la obligación de "educar en diversidad" contraída por la legislación uruguaya en mandato de las convenciones internacionales asumidas por el Estado Uruguayo; la potestad y obligación inherentes al sistema de educación pública en cuanto a educar -y corregir- la aparición y persistencia de posturas homofóbicas transmitidas en espacios vinculados públicos o privados, ya sea fuera o dentro de los centros; asegurar y brindar herramientas para la respuesta, el tratamiento y la protección ante el acoso y la discriminación en el ámbito educativo público en lógica proyección al privado y, por último, resistir a una renovada arremetida regresiva que a caballo de un contexto político-electoral oportuno amenazaba con frustrar los avances que la guía aportaba.

Desde el Estado, Andrés Scagliola -entonces director de Políticas Sociales del Ministerio de Desarrollo Social- fue una de las voces más activas de una defensa que también contó, desde las páginas de *Brecha*, con el periodista Aníbal Corti, y con la intensa campaña

que en redes sociales desarrollaron Ovejas Negras, Inmujeres y otras organizaciones de la sociedad civil.

A principios de noviembre de 2014 y a instancias del consejero Daniel Corbo, por voto unánime y alegando que la guía "no cumplía con los requisitos formales institucionalizados para su aprobación", los miembros del Codicen "entendieron necesario ponerle freno a la distribución del documento, hasta conocer bien los contenidos y [hasta que] se realice un informe técnico que lo avale".

En buen romance, la guía peregrinaría por los caminos burocráticos de la maquinaria educativa estatal tras su "reevaluación técnica", que, una vez finalizada, dictaminaría si escapaba o no -y de qué forma- a su definitiva sepultura. El último clavo al ataúd sería remachado por el propio cardenal Sturla en persona, quien ante el recién electo Tabaré Vázquez trasladaría los reparos ya ampliamente volcados en los medios. La negativa del purpurado a emitir mayores comentarios sobre el resultado de ese encuentro muy difícilmente presagiaba que el actual destino de la *Guía en educación y diversidad sexual* sería zanjado con una de las clásicas componendas que distinguen y dan denominación de origen a la siempre sorprendente ingeniería política uruguaya. Con dos años de agua bajo los puentes y el virtual olvido de lo que ayer acaparó titulares, una alta fuente del Codicen consultada al respecto, reveló: "Esta guía no fue

prohibida de ninguna manera por el Codicen. Lo que el Codicen simplemente señaló es que no era una bibliografía oficial, pero tampoco existen a nivel de la ANEP textos oficiales [sobre sexualidad y diversidad sexual]. Lo que sí se hizo fue poner la guía dentro del derecho de libertad de cátedra de cada docente y a disposición de los mismos si ésta es de su interés".

El tiempo todo lo cambia y aquí aparece la primera componenda para sus defensores: la guía existe y no fue rechazada ni prohibida. Está a disposición de quien la pida. No es -en lo oficial- un "texto maldito" y en la práctica se constata que es un insumo corriente para los docentes integrantes del programa Referentes de Educación Sexual, iniciativa presente -con recursos y alcances limitados- en todo el sistema de primaria y secundaria.

Los detractores tampoco se fueron con las manos vacías. De los 10.000 ejemplares acordados para su distribución en todos los centros de enseñanza, solamente se imprimieron 900, el manejo transversal de contenidos y ejercicios para uso docente aportado por el texto se vio casi o totalmente cercenado y el apoyo institucional brilló por su ausencia. El profesor José Ramallo -integrante de Ovejas Negras- así lo confirmó: "La pretensión del Ministerio era editar 10.000 ejemplares y repartirlos en todos los subsistemas del sistema educativo para que estuvieran allí, en las bibliotecas, y se repartieran entre los docentes

como material de trabajo y consulta. A partir de la polémica, la guía no ingresó al sistema educativo con su pretensión inicial". Todos contentos, pero no tanto. Todos enojados, pero no lo suficiente. A pesar de la finta y su pretensión salomónica, el reparto de concesiones no disimuló para nada el peso desigual de los platos que se pretendió balancear, porque en estos casos actuar desde una lógica de balances es imposible. Hacerlo exige asumir tácitamente que los derechos son un bien administrable y, por ende, moneda y objeto de transacción en un país que, por lo pronto -al menos en lo formal-, cuenta con una Constitución que los consagra, asegura y protege sin cortapisas y sin vasos por la mitad.

Tanto la disputa inicial como la forma en la que fue dirimida por el gobierno, expusieron una realidad y desnudaron varias concepciones culturales o realidades a secas, marcadas por el choque de sendos grupos de presión articulados en torno a la sexualidad. Los derechos y libertades y su debida protección y estímulo desde las opciones y roles vinculados -tradicionales o no- delimitaron un conflicto latente que será inexorablemente reeditado ante cualquier percepción de avance o retroceso que experimenten las aspiraciones y demandas de sus respectivos actores en cada potencial escenario de choque. En esta oportunidad, el "freno" exigido por sectores y personalidades contrarias a que el Estado uruguayo traslade al ámbito educativo, activa y decididamente, la posición pública y legal que contrajo se hizo sentir fuerte y claro. Si bien las soluciones de compromiso a veces son un sensato recurso del gobernante a la hora de encauzar tensiones, en este caso la necesidad y el cálculo político primaron sobre la obligatoriedad, la oportunidad y también el riesgo de materializar en el plano educativo -ese "núcleo duro"- los avances registrados en otras áreas. Al mismo tiempo, una enorme omisión se revela en el campo de la solución ensayada, pero invalidándola sin remedio. Calmar a la iglesia, aplacar voces y sectores políticos críticos y satisfacer a los intérpretes del "freno" demostró que en el orden de prioridades del gobierno la protección del "distinto" en sus aulas tiene un costo político y de opinión que no está dispuesto a pagar, ya sea por la complejidad del tema, la ausencia de valentía y honestidad exigidas para su abordaje o la poca voluntad de asumirlo.

El problema de fondo no se esfumó, la emergencia no desapareció; continúa allí, y con ella, su urgencia. La urgencia de quienes día a día purgan en escuelas y liceos sus sentencias de invisibilidad; de miedo, desprecio, burla y acoso. La urgencia de quienes saben en su propia carne que la frase "equilibrios políticos" no es ni por asomo la primera que hoy, aquí y ahora, necesitan escuchar. ■

No es sólo tu existencia europea

Pensamiento hegemónico, negritud y multiculturalidad

EN JULIO SE desarrolló el primer mes de la afrodescendencia en nuestro país*. Entre las múltiples actividades, las Jornadas Académicas sobre Afrodescendencia trajeron elementos para pensar más profundamente la cuestión afro. Sus ejes: Colonialismo, racismo y discriminación racial en la producción académica; Abordajes interseccionales en la construcción de políticas públicas; Cultura e identidades afrodescendientes en la sociedad uruguaya. Tres temas que se interseccionan, dialogan entre sí, fisuran discursos.

Decir colonialismo en la producción académica es también decir sexismo, clasismo, racismo y todos los "ismos" limitantes que generan prácticas de discriminación y mantienen el orden jerárquico impuesto. Pero para pensarnos distinto, descolonizados, es necesario en primer lugar vernos colonizados.

El movimiento descolonizador del conocimiento cuenta con varios autores latinoamericanos: Enrique Dussel, Ramón Grosfoguel, Walter Mignolo, Aníbal Quijano, Boaventura de Souza, entre otros varones. A su vez, las raíces de este pensamiento las encontramos en pensadores como Aime Cesaire, promotor de la negritud como movimiento cultural y político, o en Frantz Fanon. También es un pilar fundamental el feminismo antirracista estadounidense, el británico o el centroamericano, donde encontramos a una autora como Ochy Curiel, pensadora decolonial por excelencia. También debemos hacer referencia a las emergentes del feminismo indígena y otros feminismos como el africano en su extensa y cuestionadora diversidad de expresiones, tanto para el feminismo blanco como para los feminismos negros, el movimiento de cimarronaje e incluso el feminismo chicano.

¿Por qué tanta cita, tanto autor? Porque los tres ejes propuestos pueden ser estudiados de manera separada pero sólo a los efectos prácticos. Fuera de una lógica racional y fragmentarista, debemos saber que entrar en estas líneas de análisis y producción de conocimiento implica abarcar la realidad de manera interdisciplinaria y multicausal. Gran desafío para quienes hemos sido educados en marcos de conocimiento, lógicas de interpretación y creación de la realidad euroreferenciados, como única verdad universal.

Uruguay, ¿país multicultural?

Saber si un país es o no multicultural permitiría observar cuáles son o han sido las políticas públicas que contemplan esa realidad.

La cultura tal vez sea el concepto más amplio, envolvente, de todas las áreas de una sociedad: su forma de hacer política, de ad-



Peatonal Pérez Castellano, Ciudad Vieja. / FOTO: IVÁN FRANCO

ministrar los recursos financieros, la relación establecida con el medio ambiente, las de género, generacionales, raciales, nos refieren a la idiosincrasia de un pueblo, encierran sus creencias y costumbres.

Uruguay es un país que viene de ser colonia. El virreinato del Río de la Plata lo convirtió en un rincón geopolítico codiciado por varios países en la época de la conquista y la expansión colonial de los europeos: españoles, portugueses e ingleses fueron los principales contrincantes por la propiedad de este espacio de puesto natural, la puerta sur al continente latinoamericano. Este detalle ya nos ubica históricamente como un territorio con grandes posibilidades de ser multicultural, como casi todos los lugares de gran actividad portuaria. Esta condición geográfica de puerto natural convierte a esta zona del Río de la Plata en un lugar ideal para el ingreso de mercadería de todo tipo. Entre esas mercancías llegaron, siguieron y también se afincaron personas de origen africano que eran traídas en condición de esclavos. La primera llegada de esclavizados procedentes del continente africano fue en 1535 (Mónica Olaza, 2005). Pedro de Mendoza habilita el ingreso de un embarque de 200 seres humanos de esa procedencia con el fin de ser comercializados.

Esta distinción en relación a las procedencias y condiciones en las que arribaron algunos compatriotas nos dan evidentes pistas para explicar el fenómeno de que en un país aparentemente compuesto por diversas procedencias culturales unas tengan mayor visibilidad que otras, y se tomen hegemónicas.

Qué falta de educación

Lo hegemónico es en Uruguay un modelo importado, propues-

to e impuesto por nuestros colonizadores, que asumimos pero que también retroalimentamos. En lo educativo, por ejemplo, nos apropiamos de marcos teóricos europeos para interpretar una realidad latinoamericana. Propongo repensar este lugar de producción de conocimiento para encontrar el equilibrio que nos permita reconocer las "otras" verdades culturales, las de los pueblos originarios y la raíz africana que portaban consigo los afrodescendientes traídos en condición esclavizada.

El sistema educativo, fundamentalmente, es un productor y reproductor de discursos en todos sus niveles.

Tomo prestadas las ideas de Grosfoguel (2012), quien a su vez toma mucho de Dussel. Necesitamos saber que el conocimiento occidentalizado proviene básicamente de cinco países: Italia, Francia, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, y que esos países fueron los precursores de grandes genocidios y "epistemicidios" de otros saberes: a fines del siglo XV generó el genocidio musulmán y judío (físico/cultural/religioso); ya en el siglo XVI el de los pueblos indígenas en América y aborígenes en Asia (físico y de conocimiento); el de los pueblos africanos con la trata y el tráfico esclavista: aquí se genera el racismo como ideología y el asesinato del conocimiento que poseían las mujeres con la quema de brujas en la época de la inquisición.

Según De Souza (Ramón Grosfoguel, 2005), esos cinco países conforman el cuerpo del saber universal. Otros conocimientos generalmente son cuestionados por su rigor, sobre todo si sus producciones subalternas interpelan al universalismo eurocéntrico.

Me gusta sostener una afirmación radical: que todos o casi todos los contenidos de la educación uruguaya son etnorreferenciados, de contenido étnico racial blanco. Lo divergente a ese punto de vista tiene muy corta data y en su gran mayoría sigue siendo epistemológicamente etnorreferenciado, ya que es producido desde un "nosotros" blanco. Sin cuestionar el rigor académico con que se realizan los estudios a mi entender mal llamados "étnicos", existe una diferencia de puntos de vista que expresan en quienes observan e investigan desde dentro y quienes lo hacen desde fuera; eso que se denomina lugares intransferibles (Kenneth Clark, 1965).

Siempre es pertinente en estos temas hacer visible el lugar desde donde se generan los discursos que construimos y que nos identifican como nación o país. Otra característica que Dussel (2008) destaca es el solipsismo en la producción del pensamiento eurocentrado: el conocimiento no se genera en diálogo, se genera cuando el "sujeto pensante no puede afirmar ninguna existencia salvo la suya propia".

La construcción conceptual, ideológica y cultural que prima en las Américas está básicamente construida desde la mirada blanca ("el punto cero") sobre los "otros"; en este caso, pueblos originarios y afrodescendientes. Bajo ese criterio, la racialidad no blanca de estos colectivos ha sido y es una variable protagónica para establecer a la etnia blancoeuropea como la hegemónica. Si esa mirada no estuviera racializada, deberíamos hablar de las etnias italiana, española, armenia, judía, suiza, vasca, afrodescendiente y todos los otros colectivos que existen en Uruguay.

Nombrarse a sí mismos como culturas y a otros como etnias

me conduce al pensamiento del colonizador cuando habla de proceso civilizatorio, según su concepción de civilización. Me resulta peligrosa esta asociación en tanto es altamente probable que aún permanezca de manera casi inmutable en el inconsciente colectivo de los uruguayos.

El pensamiento decolonial o las epistemologías del sur que nos propone Enrique Dussel y que coinciden con la propuesta de Fran Fanon, realizada entre los años 1960 y 1970, es mirar el otro lado de lo eurocéntrico, de lo que se ha impuesto como universal, mirar lo que queda afuera, lo que está en el lugar de lo oprimido. Contextualizar el conocimiento. Esta línea nos propone reverlo todo, porque la realidad no condice ni con la verdad. Revelar las epistemologías "subordinadas" para desempolvamos de las eurocentradas. Estas epistemologías pueden portar los elementos imprescindibles para lograr un sistema-mundo en equilibrio ecológico. Proponen una epistemología con pocas palabras y mucha práctica, que es otra forma de crear y recrear el conocimiento.

Los pueblos originarios y también los de matriz africana portan otras lógicas, otras razones y sentidos que son muy diferentes a las lógicas racionales. En este sentido, las lógicas binarias del pensamiento occidental quedan totalmente descartadas. El binarismo hombre-mujer es ínfimo para una mirada oriental, en la que las polaridades se ubican en lo masculino-femenino como fuerzas generadoras de todo lo que es creado, polos que deben ser mantenidos en equilibrio y que regulan el hacer de un sistema-mundo milenario, sabio y muy anterior al universal propuesto por los europeos. Griegos y romanos reconocen a Egipto y a China como fuentes de sus conocimientos. Europa en su creación rompe con este saber milenario y desconoce por completo al oriente y su sabiduría. ¿Para qué? Para planear otro orden económico que le funcione para su yo conquistador y colonizante. Entonces, ¿qué sistema económico político se requiere para generar el sistema-mundo que resulte de la suma de lo mejor de todas las partes?

Habría que hacerse conscientes y cada vez más responsables en nuestro mundo de los sentidos o de los sinsentidos que producimos o reproducimos en lo cotidiano. Tan pequeño y tan sistema-mundo a la vez. ■

Ana Karina Moreira

*Promovido por el Ministerio de Desarrollo Social mediante la División de Promoción Sociocultural y con el apoyo del Departamento de Mujeres Afrodescendientes y de la sociedad civil afro en particular.

Con el dedo en el gatillo

Las *trigger warnings*, la censura y el exceso de corrección política

EN 1985 TIPPER Gore, esposa del futuro vicepresidente y entonces senador Al Gore, fundó el Parent Music Resource Center (PMRC, Centro de Recursos Musicales de Padres), un comité que consiguió introducir en las portadas de algunos discos una advertencia orientada a los padres sobre el contenido de sus letras. Una medida bienintencionada en relación al grado casi demente de violencia y misoginia de algunos discos de hip hop y heavy metal, pero que se fue ampliando hasta alcanzar su máximo de ridículo cuando la etiqueta fue colocada en el disco de Frank Zappa *Jazz from Hell* (jazz del infierno), por considerarse que tenía contenido satánico. El disco era íntegramente instrumental.

Aunque Gore y varias de las integrantes del comité provenían del ala más liberal del Partido Demócrata, la medida fue interpretada por el campo progresista como una suerte de censura, ya que la infamante etiqueta no sólo alteraba el arte de portada y condicionaba la escucha del disco sino que directamente afectaba la difusión y las ventas de las obras. El uso de las etiquetas del PMRC todavía se utiliza en algunos casos pero con el tiempo ha caído en desuso, aunque su espíritu se ha trasladado a ese enorme ámbito de difusión cultural global que son las universidades estadounidenses.

Las *trigger warnings* ("advertencias gatillo" o "advertencias de gatillos") refieren a varios formatos precautorios, que pueden ser expresados con carteles o textos incluidos al inicio de los libros, pero también mediante la advertencia verbal previa de los profesores cuando van a tratar un tema considerado particularmente sensible. La idea de las *trigger warnings* surgió de los blogs feministas en los que se discutía sobre violencia sexual, para advertir a las potenciales lectoras que hubieran sufrido esta clase de violencia que el tema a discutirse podía no sólo herir su sensibilidad sino "gatillar" (*trigger*) reacciones psíquicas producidas por el trastorno por estrés postraumático (TEPT), por lo que se anunciaba que lo que se discutiría podía resultarles perturbador y se les sugería que esquivaran la lectura si pensaban que podía resultarles dolorosa o insoportable. Un protocolo que se fue extendiendo como costumbre en los departamentos de género universitarios para ser luego reclamado por distintos grupos identitarios de estudiantes con el objetivo no sólo de no afectar a quienes sufrieran de TEPT sino a cualquiera que pudiera sentirse ofendido o escandalizado por determinados textos o exposiciones educativas.

Así, grupos de estudiantes en diversas universidades comenzaron a pedir que, particularmente en los cursos de literatura, se advirtiera -ya fuera en forma



Universidad de Georgetown en Washington DC. / FOTO: MLADEN ANTONOV, AFP

verbal por los profesores o con mensajes escritos en los textos que determinadas obras podían causar sensaciones desagradables o angustiosas en sus lectores. En la Universidad de Santa Barbara -uno de los establecimientos donde apareció primero este fenómeno- se incluyó en la lista a obras como *El Gran Gatsby*, de Francis Scott Fitzgerald, y *Mrs Dalloway*, de Virginia Woolf (por sus referencias al suicidio), y *El mercader de Venecia*, de William Shakespeare (por su contenido antisemita). Más llamativamente aun, también se incluyó a *Todo se desmorona*, novela escrita por el nigeriano Chinua Achebe en 1958, que se considera la más importante obra de la literatura poscolonial africana, y como tal un bastión de las letras antirracistas (además de uno de los escasos textos africanos cuya enseñanza es habitual en las universidades). Aun reconociendo sus méritos literarios, los estudiantes sostenían que el libro podía "gatillar" reacciones en lectores que hubieran experimentado "racismo, colonialismo, persecución religiosa, violencia, suicidio y más". Esta clase de reclamos no se limitaron exclusivamente a las áreas de Letras, sino que también llegaron a los departamentos de Derecho, cuando se enseñara la legislación referida a la violencia sexual y los actos de discriminación, así como a diversas materias de las ciencias sociales o políticas.

Las solicitudes de *trigger warnings* fueron discutidas en una primera instancia desde el ámbito de la psiquiatría, en el que varios especialistas advertían sobre la imposibilidad de resguardar a alguien afectado por TEPT de cualquier estímulo que pudiera desencadenarle una reacción postraumática. Pero dejando de lado lo terapéutico, la American Association of University Professors

emitió un comunicado en el que expresaba su nerviosismo respecto de la instauración y el error de esas políticas.

"Las *trigger warnings*", advertía el comunicado, "corren así el riesgo de reducir complejas visiones literarias, históricas, sociológicas y políticas a unas pocas caracterizaciones negativas".

En todo caso, el tema fue difundido en forma masiva a partir de una extensa investigación/nota de opinión de Greg Lukianoff y Jonathan Haidt publicada en la revista *The Atlantic* y titulada "The Coddling of the American Mind" (algo así como "el mimado excesivo de la mente estadounidense"). Lukianoff (abogado constitucional y presidente de la Fundación por los Derechos Individuales en la Educación) y Haidt (psicólogo social especializado en conflictos culturales) exponían una serie de ejemplos llamativos de *trigger warnings*, pero sobre todo contextualizaban el fenómeno, separándolo de la cultura de lo políticamente correcto y poniendo el foco en los efectos del uso del lenguaje y la expresión de ciertos grupos sociales: el pensamiento que se expresaba en la filosofía de las *trigger warnings* como un reclamo individual -aunque amparado en la representación de minorías cada vez más fragmentadas- de bienestar emocional absoluto. Esto era interpretado por los autores de la nota como la continuidad de una educación -la de los alumnos terciarios estadounidenses- marcada por la sobreprotección y la escasa interacción con personas y pensamientos ajenos a su clase social. En lo que definían como "proteccionismo reivindicativo" describían el fenómeno como una extensión de las seguridades de la infancia -expresada también en el reclamo de *safe places* (lugares seguros), ámbitos en los que no se permite

el ingreso de nadie que promueva algún tipo de confrontación ideológica o identitaria- y como una posible amenaza al método socrático de cuestionamiento de las propias ideas adquiridas, además de considerarlo un ejemplo de lo que algunos psicólogos llaman "razonamiento emotivo", que es simplemente el predominio de las sensaciones subjetivas sobre lo que convencionalmente entendemos como hechos objetivos. La nota era de corte francamente pesimista, si no alarmista, y a pesar de la aparente protesta general de los expertos y académicos, algunas voces también relativizaron el supuesto peligro o la naturaleza censora de estas advertencias.

La batalla generacional menos esperada

Una de las peculiaridades de las *trigger warnings* es que el reclamo sobre su pertinencia no proviene de las jerarquías universitarias o del sector docente, sino mayoritariamente de los alumnos, lo que ha producido un paradójico enfrentamiento generacional. Buena parte de los profesores universitarios actuales se formaron -o fueron alumnos de quienes lo fueron- en el activismo estudiantil de los años 60, cuando una de sus causas aglutinantes fue la lucha por la libertad irrestricta de expresión encarnada en el Free Speech Movement, surgido en 1964 en la Universidad de Berkeley, California.

Sin embargo, entre la generación de estudiantes que reclama estas advertencias y controles discursivos se está lejos de la unanimidad. Una encuesta de la Knight Foundation entre alumnos universitarios confirmó que 69% está a favor de que los institutos de enseñanza tengan políticas contra el uso de términos ofensivos y/o discriminatorios. Pero, al mismo tiempo, 54% de esos alumnos piensa que el clima actual en los

campus universitarios les impide decir lo que creen porque otros lo pueden encontrar ofensivo. En relación a las *trigger warnings*, las opiniones están aun más divididas. Kate Manne, una profesora de filosofía de la Universidad de Cornell, fue de las voces docentes que defendió públicamente el uso de las *trigger warnings* en un artículo de *The New York Times* explicando que dichas advertencias no excusaban al alumno de ninguna lectura o exposición a un tema, sino que simplemente lo preparaba, algo que no le parecía un recaudo excesivo en un país en el que se calcula que los trastornos del tipo TEPT alcanzan niveles epidémicos (3,5% en relación a 0,5% medio en el resto del mundo). Manne se oponía a que hubiera una reglamentación específica al respecto, pero defendía el uso de estas advertencias como parte de su autonomía como profesora y de un pacto de respeto por la sensibilidad de sus alumnos.

Bajo este punto de vista, las *trigger warnings* no serían ni más molestas o censoras que las advertencias de que tal o cual película contiene escenas gráficas de violencia o sexo. Pero significativamente Manne destacaba en su artículo su pertenencia a la misma generación de quienes reclaman este tipo de advertencias y controles, es decir, de quienes crecieron ya en un sistema educativo que hizo prácticamente desaparecer de la enseñanza pública la que puede ser considerada la novela fundacional de la literatura estadounidense, *Las aventuras de Huckleberry Finn*, de Mark Twain, una de las primeras obras de ficción en cuestionar el racismo y la esclavitud de los negros. El libro utilizaba el término *nigger* (negro) en boca de su principal personaje para referirse al esclavo Jim, una palabra que cuando la obra fue publicada en 1885 no tenía el carácter totalmente peyorativo que adquirió durante el siglo XX, por lo que *a posteriori* se la ha considerado una novela de contenido ofensivo o perturbador. Y eso termina convirtiéndose en una lectura prejuiciosa y que tiene el poder de suprimir otras lecturas.

Como suele suceder en las pequeñas batallas culturales o en lo que puede considerarse una nueva guerra sobre los límites de la expresión, el tema de las *trigger warnings* es algo que supera la mera discusión acerca de lo censor o condicionante de una frase de advertencia escrita u oral, para inscribirse en una discusión sobre la importancia real de las subjetividades personales, la concepción de la autonomía y la madurez en ámbitos universitarios y la importancia de los contextos. Y más allá de lo que estos discursos generen a futuro, importa interpretar lo que las *trigger warnings* dicen sobre el presente. ■

La búsqueda de un territorio

Campo de refugiados a 300 kilómetros de París

LA MANCHA ya tenía un nombre poco agraciado, sinónimo de suciedad, cuando siete años atrás los hombres de las rutas comenzaron a llegar. Allí, al borde del agua, entre las usinas de las fábricas, los grandes camiones y la auto ruta, se levanta un paisaje que a priori podríamos llamar "distinto".

Palos, maderas, nailon, carpas, vidrios rotos, caminos de piedra, dunas de arena y restos de basura, barro y mierda. Un profundo olor a mierda en cada rincón. Y las ratas como perros del lugar.

A la entrada de "La Jungla", como se conoce a este rincón que nace en las afueras de la ciudad francesa de Calais, a sólo tres horas de la Torre Eiffel, a escasos metros de la entrada a Inglaterra y ya pasado el control de la gendarmería, se ve un mapa. Ahí comienza el absurdo. Es que cuesta creer que alguien se haya puesto a dibujar la nada.

Los números oficiales hablan de 3.600 personas viviendo allí. Los otros, los de las asociaciones que trabajan en la zona, indican que la cifra supera los 9.000 habitantes. Al menos 2.000 llegados en los últimos meses.

En los anales de la historia, donde también convive la versión oficial y la otra, este lugar no existe.

El Parlamento francés discute en estos días si creará un tercer campo de refugiados (ya hay otro en el que viven 1.000 personas en Dunkerque, a 30 kilómetros de La Jungla), si será en el barrio de La Chapelle en París o dónde, y a quién se debería aceptar y a quién rechazar.

Por lo pronto, aquí, en este no lugar, los ranchos crecen y se destruyen casi de manera natural, en la calle se habla árabe y hogares adentro lenguas y dialectos se hacen escuchar. Las personas vienen de Afganistán, Egipto, Palestina, Pakistán, Siria, Sudán, Eritrea o Chad, aunque también nos podemos cruzar con un hombre de Bangladesh que puso un kiosquito y una familia de Vietnam que empezó a instalarse. En una casilla se puede leer: "Todos somos refugiados del capitalismo".

Están sorprendidos de que esto sea Europa. ¿Pero luego qué hay? ¿Europa termina acá?, preguntan los recién llegados. Alguien en algún momento les mintió. Sí, quizás fue la televisión. Lo evidente queda a un lado cuando no hay espacio para pensar. Esto fue Europa, se puede decir. Y hasta sería creíble para quienes se vieron forzados a volver a su pasado nómada y emigrar.

Frente a unos ojos abiertos, grandes, bien grandes, cuesta discernir entre el asombro, el hambre o la ilusión cercenada. En las casillas, los que tienen paredes cuelgan fotos. Son ellos en sus tierras, con sus familias, sus sonrisas de entonces. Ésos eran ellos.

La Jungla se mueve contraria al tiempo, casi hasta mediodía el silencio es total. Un poco antes



VALENTINA VIETTRO

de que el sol pegue en la cabeza, cuando alguien comenta que son las 11.00, se empieza a ver un desfile de hombres con cuadernos en las manos. Se dirigen a la Escuela Laica del Camino de las Dunas. Quizás lleguen a ser 50. Después llegarán los niños y en la tarde otras 50 personas, en su gran mayoría hombres. Dos centros de educación popular con profesores voluntarios se instalaron en el pueblo hace casi dos años. Quienes los sostienen, una mezcla de kurdos, africanos y europeos, han trasladado su vida a este sitio.

El resto de esos miles duermen mientras pueden. Sólo unos pocos negocios permanecen abiertos. Algunos kioscos, tres restaurantes y dos barberos esperan la orden de clausura, mientras otros 50 comercios, en su mayoría de comida, fueron obligados a cerrar; primero, por los controles sanitarios, luego por orden judicial y, finalmente, por el constante acoso y saqueo de la policía. Otra vez el absurdo: la ridícula idea de fiscalizar el estado sanitario de quien vive en una casilla entre la mierda y tiene que esquivar alimañas varias para lavarse las manos en vertederos improvisados.

Entre los primeros ruidos, mientras los cuerpos en las calles se bambolean dormidos antes de lavarse los dientes, una casilla solitaria es motivo de ilusión. Nadie se mueve dentro. Pasan las horas, el llamado al rezo de la mezquita, los cantos de las mujeres en la iglesia ortodoxa, y nada. Se sospecha que los que se fueron lograron "pasar". En unos días más el olor de las aguas estancadas, la ropa podrida, la comida en el abandono y una puerta que se golpea conformarán un paisaje de esperanza. Cada noche cientos salen con sus bolsos, nadie los detiene. La noche es hermana de la discreción. Salen de donde no están, se dirigen

Estos hombres, los testarudos de la vida, los que no quisieron morir en la guerra, perecer en el desierto, ni tampoco ahogarse en el mar, entienden que éste no es un lugar.

adonde nadie sabe y se llevan lo que no tienen. En la mañana, un número bastante cercano a todos, regresa. La luz suele mantener una estrecha amistad con la realidad.

Vuelven gaseados por la policía, apaleados, mordidos por los perros o cansados, sólo con sueño, con uno tan duro que no parece terminar. Algunos, los menos, se calcula que entre 0 y 20, consiguen contactar a alguna mafia, llegar al precio y pasar escondidos en los containers de los camiones, en el suelo o hasta colgados a los costados de las ruedas. Dicen que el precio ronda los 5.000 euros y debe ser verdad.

A pesar de lo amainados que están los comercios sobre la calle principal, esta mañana la policía se prepara para entrar. Quieren estar seguros de que la orden preventiva de clausura haya sido acatada. Varios son los que comentan que quieren cortar el agua. La luz es algo que ya no existe. Sólo en la noche, cuando cae el sol, los generadores empiezan a sonar y muchos son los que se acercan al pueblo a cargar el celular. Ya entonces sin agua, estos hombres, los testarudos de la vida, los que no quisieron morir en la guerra, perecer en el desierto, ni tampoco ahogarse en el mar, entienden que este no es un lugar.

Poco después del mediodía de un jueves las calles se empiezan a vaciar, los restaurantes que conformaban la resistencia cierran, en la puerta de atrás se oye movimiento, se esconden las reservas. Los antidisturbios que desde hace días ladran a residentes y voluntarios se reproducen por centenas,

aunque sólo una veintena ingresa a La Jungla. Una camioneta policial y un grupo mixto de policías cubiertos de plástico y botellas de gas lacrimógeno avanzan por la calle principal.

De las esquinas comienzan a surgir periodistas, cámaras, integrantes de asociaciones que se acercan en muestra de solidaridad. Quienes antes se ocultaban, se juntan, filman, sacan fotos. El vigilado vigila; no tiene nada, pero sabe que perder no es definitivo, que levantarse es diario.

Finalmente, la inspección es blanda, la camioneta que se detiene ante cada comercio observa, anota y continúa. Luego de avanzar 1.000 metros, decide retirarse. Las manos comienzan a muñirse de banderas, dos afganos levantan a un tigre de peluche. "No fotos", dicen algunos. Los otros, los que más se acercan, se miran en complicidad. Una mano ajada se posa sobre el brazo de una chica que trabaja como voluntaria en el campo; "we are together" le dice mientras lo aprieta firme.

Ibrahim se sienta a mirar la calle, las piedras, la nada. Mira para adentro. Tiene 27 años. Estudiaba odontología y tenía un grupo de música cuando escapó de Sudán. Es simpático pero hoy no quiere conversar. Sus vecinos saben que habla alemán, inglés, italiano y árabe sin dificultad. Está cansado, pero en la carpa pega el sol y ya no se puede estar. Desde el lunes ocupa la de alguien que ya no está. Sabe que queda algún sitio en las carpas comunitarias pero prefiere la intimidad; sólo así puede conciliar el sueño. Viene de París, antes

estuvo en Alemania y antes de eso fue Italia el que lo vio llegar nadando al costado de una "patera" con otros cientos de personas más. Y antes del camino, hubo otro, uno en el desierto, uno que suponía llevarlo lejos de la represión.

Un poco más tarde, luego de que los primeros voluntarios reparten comida, lo veo bajando con su camiseta de fútbol americano y sus pantalones anchos. Va a la biblioteca donde dan clases de francés. Ayer confesó que no quería pasar la frontera a Inglaterra, tiene papeles italianos pero en Italia no consiguió trabajo y el amor lo terminó llevando a Alemania. Sus padres lo ayudan cada tanto, pero como muchos en el campo no quiere que su familia se entere en las condiciones en las que vive. Sus vidas en Facebook parecen normales para alguien de su edad.

En Alemania se separó y a poco de eso huyó tras recibir una golpiza de un grupo racista. A pesar de esto, dice que allí se vive mejor pero no quiere volver. En París conoció la calle, el frío, la soledad, la competencia para dormir en una estación de metro, enfrentarse a los borrachos, mudo, sin lengua en común. Incomunicado y soportando los constantes controles de los antidisturbios se dirigió al norte, donde sabía que estaban los suyos. Y así llegó a La Jungla. Tiene confianza de que esto es temporal. Quería comer comida sudanesa, hablar su dialecto, volver a su humor. Aunque incluso aquí cueste saber dónde se tiene que acomodar.

Luego de unos días de caminar las piedras y entre los pasajes de las carpas de las dunas, la simpatía se hace habitual. En cada esquina un *salam aleikum* se cruza con un *good morning*, un *bonjour*, una mano se estrecha, alguien se acerca y ofrece ayuda y rubios y morenos se sientan a tomar el té.

Esa mañana, la última de la semana, la mañana del veredicto, donde todos en el pueblo esperaban lo peor, algo cambió. Un juez de la fiscalía de Lille expidió una contraorden impidiendo que las fuerzas policiales ingresaran a derrumbar los comercios de La Jungla. Los que atemorizados cerraron, tenían derecho a abrir. Desde muy temprano se empezó a escuchar la música, los nailons que tapaban los carteles de "falafel", "naan afgano" o "café de la paz" sacudían el polvo repletos de energía. Se sonríen en complicidad, con una caída de ojos, una mano en el pecho y al final un abrazo de gol. En la tarde en la cancha se jugó al fútbol y el torneo cerró con un concierto de hip hop. Desde los rincones menos esperados se sentía olor a condimento y el ritmo del palo de amasar. Entre charlas animadas un hombre muñido de brocha gorda revivía un cartel y otro lo invitaba a festejar. ■

«FICCIONES PROPIAS»

Fragmentos de nosotros

Guardé aquel vestidito para una ocasión especial. Ése que aparentaba una pureza que no tenía. Vos lo sabías pero elegiste creer. Yo me pinté los labios de rojo, y te sostuve la mirada. Disfrutaba perturbar tu tranquilidad. Entrábamos al laberinto y éramos dos seres en llaga.

Esa noche dijiste te quiero y elegí perderme que encontrar una salida.

◆◆◆

Nunca te gustó hablar de nosotros en la cama. Allí estábamos, buscando un nosotros que parecía haberse perdido entre la almohada y aquel domingo que te esperé hasta que se largó la lluvia. En algún momento dijiste distancia, hablaste de pájaros, no sé si te quiero. Lloré hasta empaparnos de agua salada y sentí como el ahogado el mar en los pulmones. Tu cuerpo esa vez irradiaba un calor distinto cuando te agarré la mano y te rogué. Te estaba robando un día. En aquella cama que nunca tan ajena, con tu semen aún tibio manchándome las piernas, te vi desaparecer detrás de la cortina y hacerte un punto brillante en el cielo nublado.

◆◆◆

A veces pienso cómo era antes. Cuando usaba aquel vestidito con volados que vos disfrutabas arrebatarse en cualquier baño, en cualquier plaza. Todo se licuaba y apretaba más allá de la cadera, la cabeza, los pies. Las medialunas de mis uñas rojas en tu omóplato.

Hace unos días fui testigo de una tortura erótica. En uno de esos boliches de música mala y alcohol caro. No supe hace cuánto estaban ahí ni cuándo dejó de importarme si sabían que miraba. Un sillón sin luz. Frenesí de labios, saliva y aliento. Y yo mirando. La pierna contraída para no ser arrastrada por la corriente de otras piernas.

La mano que subía y bajaba entre la pollera y los muslos redondos buscando más. Como hacíamos vos y yo en las ventanas de bares poco célebres. El pelo largo y rubio revuelto en un nido sin pájaros ni sueños.

El más carnal de los anhelos. El primer gemido. Audible y genuino, que me delató intrusa. No sé cuál fue tu salida pero aquella noche al llegar a casa volví a ponerme el vestidito con volados. La tela fría me erizó los pezones oscuros y grandes que en la penumbra parecían frutillas de febrero.

Te evoqué de la única manera que sé hacerlo: con premura en la humedad de mi entrepierna. Extasiada de alivio y frustración apreté los dientes para no irme en tu nombre. Fue inútil.

◆◆◆

Debí haber hecho algo aquella mañana. Bajar del ómnibus y correr con mis botas de taco alto en la dirección exactamente opuesta a la tuya. No lo hice. Algo entre la negación y la lástima me mantuvo ahí sentada. Después, todo ha sido tratar de recordar cómo era antes. Inventar nuevas calles, para evitar las que llevan tu nombre. Sentarme a comer con tu ausencia.

El miedo al ropero y tu cajón de camisas mal planchadas. Impunes.

A veces me gustaría ceder al control, llorar este abandono.

No lo hago. Trago y el vacío pasea orondo. Garganta, pecho y estómago.

Sucumbo en la cama fría y dejo que me engulla entera ahí donde vos dormías hasta que el sonido abrupto del despertador traiga otra vez este agujero a la vida.

◆◆◆

Le tengo miedo a la tristeza, al desamor y a los caracoles. A la primera la evito, el segundo siempre me encuentra, con los últimos la guerra está declarada aunque me destruyan las plantas. Al helecho hace un mes que no lo riego, la tristeza y los caracoles van ganando terreno.

A veces me cuesta respirar. Me despierto a las tres de la mañana sin sueño. En la garganta se me atora el sedimento de ríos no sangrados. También le tengo miedo al vacío y el sedimento haciendo nicho. Apágame. Romperme desde las entrañas.

La agenda dice que hay un pendiente este miércoles.

Me asusta y me fascina la gente que a su tristeza le hace lugar en la cama, la disfruta. No quiero ser uno de ellos. Es miércoles. Los pendientes están listos e irremediablemente lloro.

◆◆◆

Hubo un tiempo que amé la escollera. Se recordaba impune separando las aguas. Sal-

vándonos de ser engullidos por espuma y sal. Por horas los barcos entraban y salían y la piedra y yo éramos una sola cosa. Quería hacerle sentir que no estaba sola. Pero es inútil contener tanta violencia. La roca fría me erizó la piel desnuda. La noche ocupó su turno y entonces agua y cielo fueron uno. Pero el mar indómito no quería que olvidara mi propósito y la sal se me endureció en la carne.

◆◆◆

Desde el día que compramos los pasajes, supe que no viajaríamos.

Hubo un clic imperceptible en el que la tortilla se dio vuelta y nadie sabía dónde estaba la sartén. A veces pienso que fue la primera vez que lloré sentada en una plaza a oscuras mientras vos mirabas.

Me fui naciendo parte de vos. Como el Fénix, pero al revés: me quedé con la ceniza. Y ahora, ¿qué pasa? ¿Qué hago con los asientos de avión, los delfines y el lado frío de la cama? ¿Cómo me dejé devorar por todo esto? ¿Cómo no me di cuenta para escapar a tiempo?

El pájaro que toma agua en la orilla del arroyo, sin saber que en realidad son las fauces del cocodrilo, a punto de engullirlo entero. Así te quise, así te quiero.

Engullida entera, con los pies gastados de caminar ríos que desembocan salvajes en las vidas que vivía cuando estaba con vos. ■

Lorena Nin Díaz

YO NO SOY

1789

Cuando me empezaba a doler la cabeza, pedí más hielo para mi vaso: sabía de la inevitable impuntualidad de Alejandra y de mi poca resistencia al whisky.

En la mesa de enfrente se sentó una rubia vestida a la francesa, pensaba yo que no sé nada, ni de moda ni de franceses. Se sacó su pañuelo azul que dejó sobre la mesa y extrajo de su coqueta mochila un libro cuyo título no alcancé a ver.

“No es tan rubia”, me corregí la tercera o cuarta vez que la miré. En alguna instancia temporal que no registro, y probablemente no haya advertido entonces, llegó Alejandra, mi casi nueva pareja, una joven viuda de 27 años. A decir verdad, Alejandra era más viuda que joven, al menos esa noche en la que yo estaba mucho más atento a los movimientos de la (no tan) rubia que a las palabras de Ale.

Ella buscaba una conversación cuasi existencialista más cercana a un libro de autoayuda que a la filosofía, mientras, a sus espaldas, el pañuelo azul había caído al piso sin que su dueña lo notara. Silenciosamente elucubraba planes. Recoger el pañuelo, escuchar su agradecimiento, preguntar por el libro que leía y, a partir de ahí, comentar gustos literarios.

Primero despediría a Alejandra exagerrando mi ligero dolor de cabeza, daría vuelta la manzana solo, volvería al bar y luego sí, me lanzaría a la conquista imposible con el espíritu de un revolucionario en 1789. El destino de Francia, la francesita y yo.

Mientras tanto, el vaso de Ale y el mío bajaban sus niveles. Para peor el whisky, en lugar de infundirme coraje (¿para qué tomaba whisky si no?), me contaminó esa especie de virus verborrágico.

Un par de medidas más tarde, Ale y yo habíamos emparejado la conversación. Con un licuado light de frases tontas le robé un par de sonrisas que alcanzaron para que Ale me invitara a su casa. Acepté aunque sabía que me esperaba sexo burocrático.

Además, no tenía muchas alternativas; la rubia afrancesada ya había recogido el pañuelo azul. Esa noche no sería un 14 de julio.

◆◆◆

Al otro día todo se desvanecería en recuerdos, excepto la resaca del puto whisky. Afuera el frío punzante. Adentro, el opaco vacío hogareño de un domingo.

Agarré mi cuadernito rojo, le pedí un lápiz a Ale y me senté a escribir esto mientras ella se bañaba.

En principio el relato de acontecimientos era bastante lineal, pero poco a poco fui alterando elementos. Alejandra se había retirado rápidamente del bar, el pañuelo azul nunca fue recogido por la francesita, y yo, aprovechando un par de circunstancias, ese domingo amanecí con ella en su apartamento de Malvín.

En esa ficción me levanto con un vaso lleno de hielo y me siento en tu sillón.

Te sonrío para dejar constancia de que aquella noche de julio, en un bar del barrio Cordón, yo solito había comenzado la toma de la Bastilla.

◆◆◆

-Tengo que hablar con vos.

El mensaje era contundente y seguía con la invitación a una pizzería a las 21.30.

Por el tono advertí que el clima no sería como para festejar nuestro aniversario. Preferí pensar en el peor de los escenarios posibles.

Ella estaba sentada en la mesa bajo el televisor, contra un rincón. Me costó encontrarla cuando entré.

Su cara y el beso frío no adelantaban una noche auspiciosa.

Me senté frente a ella y frente al televisor en el que pasaban un partido por semifinales de la Libertadores. Uno a cero ganaba São Paulo de visitante en Medellín.

De nada sirvieron las esperanzas casi mágicas que venía tejiendo en el camino, cuando comenzó a hablar me di cuenta de que asistí a la simple transmisión de un mensaje, el único que yo deseaba no escuchar: el peor de los escenarios posibles.

Mi primera respuesta titubeó, con palabras que oscilaban entre lo herido y lo hiriente.

No quise apelar al llanto pelotudo que busca compasión, pero no pude evitar el

desborde sincero de un río de lágrimas. Lloraba para adentro y para afuera.

En algún momento vino el empate de los colombianos, que advertí varios minutos más tarde cuando levanté la cabeza de la mesa humedecida. La muzzarella ya estaba fría.

Pretendí darle un poquito de no sé qué a mi vida sin épica y, convertido en una especie de Obdulio Varela queriendo remontar el trámite amargo y desfavorable, reclamé otra oportunidad, un hilo de esperanza, algo de dónde agarrarme, algo.

Y no, no hay manera.

Ya entonces, ahí mismo, me imagino un futuro extrañándote: tus besos y tus abrazos, tu inteligencia siempre sensible, tu sensibilidad siempre inteligente y, entre un millón de etcéteras, tus palabras y tu piel.

◆◆◆

Pienso mucho. Sintetizo todo y esbozo un comentario que no recuerdo.

-No intelectualices -me corta un dedo acusador que sí recuerdo.

Ya casi es media noche. Ella advierte la hora, ella paga, ella se retira.

La pantalla anuncia el final del partido. Un colombiano festeja, un brasileño protesta. Del otro lado, abajo del televisor, un pueblerino llora en una Montevideo que nunca le fue tan lejana. Puta Montevideo, tan compañera y tan ajena. ■

Matías Carbajal

RETAZOS

Me pediste que te tocara aquella tarde, Franco. No estoy listo, digo adentro mío. Vos no lo escuchás. Me agarrás la cara con las manos y me mandás la lengua hasta el alma, y empezás a tocarme vos, a ver si yo me aflojo. Yo no digo nada. No voy a decir nada. Si sueña algo adentro mío, no lo voy a escuchar. Y a mí no se me para ahora, porque nunca estuve tan cagado en mi vida. Pero a vos te gotea la pija. Sos fuego. Me das vuelta, y te mandás sin darme tiempo. Se abre el mundo y el cielo se cae a pedazos, y no sé por qué me acordé de lejos de mis padres y el campo. Pero yo no digo ni escucho nada; el resto del dolor vendrá después. Me callo la boca, y me doy cuenta de que nunca nadie fue tan dueño de mí como vos en ese momento. Eran tus manos, pero a veces pensaba que eran mías. Y a veces eran mis manos, pero pensaba que eran tuyas. Y yo me quedo abajo tuyo, temblando, sudando, mientras vos, ya relajado, te empezás a adormecer. Son las cuatro de la tarde, hace calor, y afuera de la puerta no existe otra cosa más que vos respirando suave arriba mío. Después de acabar, me diste dos besos en la espalda, y te empezaste a morir despacio, y yo me fui muriendo con vos.

¿Así es el sexo entre hombres? ¿Uno siempre sale lastimado? Entonces no quiero. Quiero, pero no así. Me quedaste mirando la primera vez que te lo dije, esperando que me aflojara, pero cuando me negué de nuevo, me dejaste de mirar. Si no vamos a coger, andate. Chau, Franco. Me sacrificué, me obligué, me arrastré a darte la mano en la plaza porque me pediste aquella vez. Se rieron. Ese pueblo de mierda. Esa casas, esas pocas calles. ¿Cuántos habitantes se necesitan para alimentar la miseria, la mediocridad? Los comercios, las esquinas, las luces anaranjadas de la calle. Se rieron. Me conocieron, Franco. Pero era por vos. Y por vos el culo. Y no queda nada, y la noche se termina y hay poca plata. Papá me necesita más que nunca. Hay días que estamos cerca, pero casi siempre lejos. Trabajo con él en el campo. Papá agarra un palo y me enseña cómo pegarle en la cabeza al lechón. Le pego, patalea, se caga mientras se muere. "Bien", me dice papá, y después no dice nada; le mete el dedo en el tajo del cuello, lo mete en el agua hirviendo un rato, lo saca. Los dos pelamos el lechón muerto con cuchillos, transpirando. Tenemos las frentes tan pegadas, pero nadie dice nada. Papá... ¿sabés quién soy? Nadie sabe que yo también estoy peleando mis batallas.

El abuelo muere. Nadie lo cree. Papá está mudo y tiene los ojos rojos. El cajón cerrado, el día muy



Federico Murro

soleado. El piso, las telas, papá y su sangre, yo y su sangre, todo sigue, sigue siendo. Mi abuelo y su sangre no. Cajón cerrado; día soleado. Frente a la cajita de madera lloro. Apenas por el abuelo; por ser puto.

Fiesta de la vendimia en el pueblo cercano para distraerse. Me separo de mis padres. Me meto en la gente. Una fogata a lo lejos, el vapor. Los vinos de todas las clases. Escenario. Suenan las guitarras, las gargantas. La noche es helada arriba. Acá abajo no se siente demasiado. Yo tomé un poco. Siento el cuerpo más fino, más agudo en mi ropa, como si comenzara a desvanecerme. Alguien grita, me reconoce y pronuncia

mi nombre con acentos exagerados y burlones al otro lado de la gente. Ya lo veo venir de lejos. Ay, mis padres. La noche. Las estrellas. El humo dulce del tabaco de un hombrón que fuma a mi lado un cigarro hecho a mano, con un jean que le parte el forro de los huevos al medio. Un bigote enorme. Me acuerdo de los *leather daddies* de Franco. Tiene la frente pálida y el resto de la cara roja de tantas tardes bajo el sol con esas gorras de visera, como muchos hombres del lugar. Cuánta tierra habrás levantado con esas manotas. Hablás bien atravesado, pero estás tan rico. Habrás terminado de alambrear recién y te viniste a

empedar acá. Hasta olorcito a barro y a alambre oxidado debés de tener todavía. Pasa muy cerca. El alcohol le sacó el frío y viene con la camisa entreabierto, un pecho para dormirse arriba. Alguien le dice algo y se ríe con tantas ganas y tanta obscenidad que asusta. Tiene un aliento a vino barato que me marea aun más.

Siguen gritando. Ahora puto. Ay, señor peón: cómo lo voltearía atrás de cualquier árbol. Lléveme. Agárreme. Activo. Pasivo. Monstruo. Lo que quiera, pero sáqueme de acá. Puto, gritan. Les grito que sí, que qué les importa, que con esto hago lo que quiero, que es mío. El hombrón se aleja

despacio en zigzag. Desaparece, muere. Doy una vuelta. Giro intentando encontrar a los que gritan, mirarlos a los ojos a punto de vomitar de rabia, pero no los encuentro. No los encuentro a ellos. Encuentro a mis padres que me miran, me escuchan, me vuelven a parir. Duros. Duros. No hay gritos, pero hay padres. Son dos y están mudos, aunque papá tiene una vena roja que le raja la frente. Su sangre. Mi sangre. Mi padre nos lleva a casa. Vergüenza. No le temo a Dios, pero a papá... Peoncito... ¿por qué no me llevaste vos? ¿Por qué me dejaste solo? ■

David Rodríguez Salles

Apoyan:



2015-2025
DECENIO DE LAS PERSONAS
AFRODESCENDIENTES
RECONOCIMIENTO :: JUSTICIA :: DESARROLLO



Redactor responsable: Lucas Silva / Edición y coordinación: Apegé / Diseño y armado: Martín Tarallo / Edición gráfica: Iván Franco
Ilustraciones: Federico Murro / Textos: Michel Caprioli, Matías Carbajal, Gonzalo Curbelo, Belén Masi, Ana Karina Moreira, Lorena Nin Díaz, David Rodríguez Salles, Valentina Vietto / Corrección: Magdalena Sagarra / Consejo asesor: Valeria España, Patricia P Gainza, Ana Karina Moreira